

MENÉNDEZ PELAYO, CIEN AÑOS DESPUÉS

El primer centenario del fallecimiento de Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912) acaecido el pasado 19 de mayo, brinda una buena oportunidad para valorar el conjunto de su obra con una perspectiva amplia y ponderada, exenta de los panegíricos hagiográficos o las reprobaciones denigratorias, que han sido frecuentes al referirse a ella. Como en toda obra humana hay en la de Menéndez Pelayo luces, sombras y condicionantes de orden personal o colectivo, pero en todo caso no se trata de una obra mediocre o efímera que nos sitúe ante un personaje sin substrato intelectual. La producción del maestro santanderino fue ingente y muchos son los que han acudido y todavía acuden a ella, incluso a veces sin explicitarlo, para documentar una fuente histórica o literaria o emitir un juicio estético.

Biografía para una obra

Desde joven Menéndez Pelayo dio muestras de una personalidad firme y vitalista, impetuosa incluso en el debate, que sin embargo no le impedía mostrar una notable capacidad de diálogo y encuentro personal con el otro, algo que aún hoy llama poderosamente la atención: Sus diferencias ideológicas o académicas, sus enconadas polémicas, sus agrias descalificaciones incluso, ni le impidieron nunca mantener lazos de amistad con personas de las que discrepaba abiertamente, ni a éstas referirse a Menéndez Pelayo –D. Marcelino le solían llamar– y a su obra en términos de alta estima y elogio: La amistad que llegó a fraguar con Benito Pérez Galdós o Emilio Castelar y la opinión que su obra les mereció a los Urbano González Serrano o Clarín son buenos exponentes de ello.¹

¹ MADARIAGA DE LA CAMPA, B. (2008) *Tres estudios bio-bibliográficos sobre Menéndez Pelayo*. Santander, RSMP, pp. 11 ss.

Se entiende en buena medida la consideración que Menéndez Pelayo consiguiera para su persona y su obra entre muchos de quienes le criticaron, por la misma precocidad con que apareció en la escena intelectual española, por la atrevida espontaneidad, mordaz e ingenua al tiempo, con que polemizó en el debate político y cultural de su época, por su gran erudición y sobretodo por la lealtad a la fuente documental en la que procuró fundamentar sus opiniones. Tampoco fue ajena a ese reconocimiento mutuo que hubo entre Menéndez Pelayo y bastantes de sus críticos, la rara tolerancia que existía en el ambiente intelectual de Santander durante la Restauración y la diversidad de personajes que influyeron en la formación intelectual de Menéndez Pelayo. En este particular, además de su propio padre, catedrático de Matemáticas en el Instituto de Santander, cabe menciona a su profesor de Latín en ese mismo centro Francisco María Ganuza, a su tutor durante los estudios en la Universidad de Barcelona Juan Fernández Luanco, catedrático de Química, a los profesores de esa misma Universidad Milá i Fontanals y Llorenç i Barba, así como a los escritores Juan Valera o José María de Pereda (si bien fue Menéndez Pelayo quien acabaría influyendo poderosamente en el último de ellos). Una influencia decisiva sobre Menéndez Pelayo, al menos en sus primeros escritos, fue la que ejerció Gumersindo Laverde Ruiz, catedrático de Literatura en la Universidad de Valladolid e interesado en la historia del pensamiento español. Con el tiempo esta influencia fue decayendo y de hecho Menéndez Pelayo no apoyó la edición de las obras completas de su antiguo maestro tras la muerte de éste en 1890². Todos los personajes mencionados procedían de la burguesía culta y a la postre conservadora, pero no todos lo eran en la misma medida ni con las mismas orientaciones políticas y religiosas. Valga mencionar, a modo de ejemplos, que si por un lado José María de Pereda era diputado carlista o Gumersindo Laverde representaba el conservadurismo católico más rancio, el propio padre de Menéndez Pelayo perteneció durante un tiempo al Partido progresista, Juan Valera se encuadraba en un liberalismo moderado y escéptico o el teísmo de Llorenç i Barba planteaba una alternativa casi kantiana a la religiosidad tradicional del Catolicismo.

IBID. (2011) *Genio y figura de Marcelino Menéndez Pelayo*. Santander, RSMP, pp, 43,48.

² BUENO SÁNCHEZ, G. (1990) *Gumersindo Laverde y la Historia de la Filosofía Española*. *El Basilisco*, nº 5 Oviedo, pp.48-55.

MADARIAGA DE LA CAMPA. B. (1987) *La figura contradictoria de Gumersindo Laverde*. *Libredón*, nº 31. Santander pp. 15-22.

No puede minusvalorarse, en la comprensión de la obra de Menéndez Pelayo, la huella que dejaron en ésta algunas vicisitudes estrictamente personales de su biografía. Cuatro de ellas merecen ser tenidas particularmente en cuenta: El catolicismo de su familia, la decepción con la docencia de Salmerón, el deslumbramiento por el ambiente intelectual barcelonés nacido de la *Renaixença* y el contacto con la vida mundana o social de su tiempo:

La primera de ellas, el catolicismo de su familia sobretodo de su madre y de su hermana que llegó a profesar de monja, era habitual en la mayor parte de la burguesía urbana del momento, constituía además un componente destacado de la peculiar conciencia de hidalguía que tenían muchas familias en el norte de España, y expresaba también una religiosidad hondamente arraigada en los modos de identificación colectiva de los españoles de toda clase y condición, incluso entre muchos de quienes se oponían a los privilegios civiles y políticos del clero o no asumían determinados dogmas de la Iglesia Católica.

En cuanto a la decepción que tiene Menéndez Pelayo con la enseñanza de Salmerón, quien le suspende de Metafísica en la Universidad de Madrid, se debió tanto al lenguaje de éste, a menudo grandilocuente y oscuro, como a su particular modo de entender la docencia y evaluación de los alumnos, sin duda alejado de los criterios pedagógicos que propugnaba la Institución Libre de Enseñanza, entidad a la que estaba vinculado el catedrático e insigne krausista que llegó a presidir la I República. Esta decepción de un alumno con respecto a su profesor acabó enquistándose, por influjo de Laverde, en una injusta animadversión general de Menéndez Pelayo hacia el Krausismo, los krausistas y su actividad sociopolítica, lo cual finalmente caracterizó y perjudicó notablemente la imagen de Menéndez Pelayo.

El deslumbramiento por el ambiente cultural de Barcelona que Menéndez Pelayo experimenta al trasladarse a estudiar a la Universidad de esa ciudad, perdurará en él durante toda su vida, hasta el punto de considerar a dicha Universidad su *Alma Mater*. No solamente encontrará allí grandes maestros, los mencionados Milá i Fontanals o Llorenç i Barba, sino amigos y condiscípulos con los que siempre mantendrá trato y correspondencia, como es el caso de los también mencionados José Ramón Fernández Luanco y el historiador Antonio Rubió i Lluch. Fueron bien conocidas y estimadas por Menéndez Pelayo la Lengua Catalana y su Literatura de todas las épocas, cuya riqueza e importancia en el conjunto de la cultura española y europea siempre defendió. En tal sentido tuvo

un particular aprecio por el movimiento cultural de *Renaixença* e incluso por la *Mancomunitat Catalana* promovida por Prat de la Riba, hasta el punto de inspirarse en ella al proponer que se dotara a Asturias y La Montaña (Cantabria) de un estatuto político y cultural común. Semejante aprecio se vio correspondido con la admisión de Menéndez Pelayo en prestigiosas entidades culturales de Cataluña (*Reial Acadèmia de Bonnes Lletres*) y con una participación destacada en los *Jocs Florals* de Barcelona. Todo ello es un exponente más de la importante relación cultural y comercial establecida entre Cantabria y Cataluña en el último tercio del siglo XIX, en especial desde que el naviero y empresario Antonio López, Marqués de Comillas, entronca con la familia Güell.

La participación de Menéndez Pelayo en la vida social y mundana de su tiempo se inicia de la mano de su tío Juan Pelayo, pero se amplía notablemente gracias a su amistad con el escritor, diplomático y aristócrata Juan Valera, persona culta y con reconocidos lances amatorios, quien le introduce en la alta sociedad. Lo más significativo de todo ello no son sin embargo las anécdotas, ciertas o apócrifas, que a veces se han referido, ni siquiera los mediocres escritos poéticos que Menéndez Pelayo dedica a las *Epícaris*, *Lidia*, *Agaya*, *Hipatia*, *Ródopis*... sino la oportunidad que tiene de conocer y trabajar en grandes archivos y bibliotecas nobiliarias, como las de Mateos Gago, José María Asensio, Duque de T'Serclaes, Marqués de Jerez de los Caballeros o la Casa de Medina Sidonia. La vida social y mundana, además, contribuyó a atemperar la influencia que sobre Menéndez Pelayo venía ejerciendo Gumersindo Laverde. Las relaciones sociales que establece le abren puertas en la política (fue Diputado y Senador) y en las Reales Academias (fue académico de cuatro, Española, Historia, Bellas Artes, Ciencias Morales y Políticas y Director en la de la Historia). No obstante es preciso destacar que el acceso de Menéndez Pelayo a esos puestos de relevancia en instituciones culturales españolas se debió sobretodo al prestigio que adquirió en el conocimiento de la historia, la Crítica y el comparatismo literario y la Bibliología. Tal prestigio comenzó pronto, con su acceso a la Cátedra de Literatura de la Universidad Central con sólo 21 años, se acrecentó por su labor como Académico, como Director de la Biblioteca Nacional desde 1898 y como partícipe en la creación y Jefatura del Cuerpo Facultativo de Archiveros Bibliotecarios y Arqueólogos, en cuyo escalafón figura con el número 1. A tal prestigio contribuyó también el conocimiento que tuvo de los grandes archivos y bibliotecas de Italia, Portugal, Francia, Bélgica y Holanda, así como el trato y correspondencia con personalidades relevantes de Europa y América

(Rufino José Cuervo, Oliveira Martins, Farinelli, Morell-Fatio, Benedetto Croce, Rudolph Schevill...).

La biografía y la obra de Menéndez Pelayo, se inscriben en la segunda mitad del siglo XIX, cuyos acontecimientos y personalidades más sobresalientes, entre éstas la suya, son imprescindibles para comprender la génesis del esplendor cultural de España durante el primer tercio del siglo XX. Téngase en cuenta, además, que la biografía de Menéndez Pelayo concluye en 1912 y sólo hasta ese año alcanzan los aciertos y errores de su obra. Ni su elevación al santoral ideológico franquista ni lo que se denominó *menendezpelayismo*, fueron aspiraciones de Menéndez Pelayo ni hechos atribuibles a él.

La obra de una biografía

La amplísima producción de Menéndez Pelayo ha asombrado siempre a cuantos se han acercado a ella; sorprende que en cincuenta y cinco años de vida pudiera haber leído tanto (su biblioteca alcanza 40.000 volúmenes que lee y conoce personalmente), disponiendo a la vez del tiempo necesario para escribir sobre materias tan variadas (Literatura, Historia, Filosofía, Bibliología, Musicología incluso...). Además de sus propios libros (65 tomos alcanzó la edición de sus obras completas) redacta introducciones, artículos y reseñas, traduce a clásicos y modernos, imparte conferencias, pronuncia discursos, alimenta una extensísima correspondencia... sin duda su figura intelectual se acerca al arquetipo del humanista del Renacimiento que tanto apreciaba el propio Menéndez Pelayo. El propósito más general que se puede reconocer en esa obra ingente es la reivindicación del conjunto de la cultura española y de sus aportaciones a tres acervos culturales de alcance universal: al europeo, en especial al de procedencia grecolatina, al del Catolicismo y al de Hispanoamérica. Sin embargo la constatación de que ese objetivo general se mantiene a lo largo de toda su obra, no debe impedir que se reconozcan en ésta diferentes modos de alcanzarlo y por tanto varios momentos o fases y una evolución ideológica innegable... la que supone que el joven Menéndez Pelayo comience reivindicando la cultura hispánica *frente* a la modernidad y el Menéndez Pelayo de madurez lo haga *ante* la Modernidad.

De sus obras de juventud se pueden destacar *La novela entre los latinos* (1875), *Estudios críticos sobre escritores montañeses* (1876) *La Ciencia española* (1876), *Horacio en España* (1877), *Traductores españoles de la Eneida* (1879) *Traductores de Odas y Geórgicas de Virgilio* (1879) e

Historia de los heterodoxos españoles (1880), *Calderón y su teatro* (1881) *Dramas de Guillermo Shakespeare* (1881) *Obras completas de Marco Tulio Cicerón* (1881). De todas ellas *La ciencia Española* y la *Historia de los heterodoxos españoles* son sin duda las que muestran con mayor evidencia su reivindicación de la cultura hispánica *frente* a la Modernidad:

La *Ciencia Española*, se tituló así desde su segunda edición en 1887, inicialmente se denominó *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la Ciencia Española*. La obra se inscribe en la sucesión de polémicas sobre si ha habido cultura científica en España que se inicia en el s.XVIII cuando Masson de Morvilliers publica el escrito *¿Qué se debe a España?* siendo replicado por Juan Pablo Forner o el Abate Denina ante la Academia de Berlín³. Menéndez Pelayo plantea una reivindicación de la ciencia española *frente* a la modernidad con gran repercusión pública, porque reaviva la polémica en el último tercio del s. XIX apoyándose en la fuerza de su gran erudición... que sin embargo no acaba de convencer a quienes poseen un concepto de la Ciencia más positivista o circunscrito a las Ciencias de la Naturaleza y menos historicista. En una segunda edición de la obra y sobretodo en la ampliación de 1887, así como en diversos artículos y escritos, Menéndez Pelayo asume que las aportaciones científicas de España a la Modernidad en cuanto a Ciencias Exactas, Físicas y Naturales se refiere, aún existiendo, no son tan destacadas como había pretendido en la primera edición de su obra. Años más tarde, en 1906, dirá Ortega y Gasset que si algo muestra *La Ciencia Española* es que en España no ha habido ciencia pero sí hombres de ciencia⁴.

Cualquier juicio actual que se vierta sobre esa obra de Menéndez Pelayo debe huir del trazo grueso y la simplificación, pues hay en ella elementos significativos que no son menores: El que no circunscriba la Historia de la Ciencia a los periodos posteriores a la Modernidad, en especial a la Ilustración, la indudable recuperación de noticias y fuentes españolas (obras, hechos y personajes en relación con la Ciencia indebidamente olvidados o desconocidos) y la inclusión en el acervo

³ FORNER, J.P. (1786) (1976) *Oración apologética por la España y su mérito literario, para que sirva de exornación al discurso del abate Denina leído en la Academia de Ciencias de Berlín respondiendo a la cuestión ¿qué se debe a España?* Madrid, Imprenta Real. (Ed. Doncel)

⁴ GARCIA CAMARERO, E. (1970) *Introducción a La polémica de la ciencia española*. Madrid, Alianza editorial.
La Ciencia Española II (1953) Madrid, CSIC pp. 403-408.

científico español de innovaciones tecnológicas debidas a ingenieros, marinos, médicos, arquitectos, militares etc... algunas de ellas de suma importancia en sus oficios aunque se fundamenten en grandes hallazgos científicos habidos fuera de España. Estos tres elementos de *La Ciencia española* apuntan a direcciones cardinales de la reflexión actual sobre la Ciencia: La importancia que tiene para una comunidad lo que se podría denominar *pequeño relato*, el valor de la investigación local que no produce personajes o hechos publicitados con éxito, pero que existe y debe ser reconocido como parte de su sustrato cultural, la supeditación de la ciencia a las exigencias del poder político, su condicionamiento por los valores predominantes en cada momento histórico o por la atención a las necesidades colectivas que se consideran prioritarias, la transformación cultural que produce en una sociedad el examen público de sus éxitos y fracasos en relación con la Ciencia... y es que no sólo nutren la historia de la ciencia quienes formularon las grandes leyes naturales, principios, teoremas y cálculos o quienes establecieron paradigmas de conocimiento y modelos epistemológicos, sino también quienes se incardinaron como científicos en la conciencia colectiva y en su devenir⁵.

La *Historia de los Heterodoxos españoles* es también una obra de juventud que reivindica lo español y lo católico *frente* a la modernidad sirviéndose de la poderosa erudición de su autor. Sin embargo esa misma erudición acaba por subvertir el carácter polemista de la obra, algo que según progresa ésta se advierte, incluso, en su redacción. Finalmente el lector tiene la extraña sensación de que los autores y personajes a quienes se considera disidentes de ese componente fundamental de lo español que es el Catolicismo, son tan españoles o más que los adscritos a éste y que no se puede pretender un conocimiento cabal de la cultura española prescindiendo de ellos y su heterodoxia; de hecho esta obra de Menéndez Pelayo lo que justamente hace es sacar a la luz a tales autores y personajes como nadie hasta entonces lo ha hecho y por tanto reivindicar sutilmente su importancia. El integrismo católico que Menéndez Pelayo pone de manifiesto en esta obra, la inclusión en ella de liberales y krausistas con gran dureza retórica, en algún caso incluso en términos impropios, condicionan la lectura ponderada de una obra importante, que sigue siendo hoy una referencia para historiadores y estudiosos de

⁵ NAVARRO BROTONS, V. (2011) *La obra de Menéndez Pelayo "La Ciencia Española" en su tiempo y en el nuestro: Un ensayo historiográfico*, en Mandado, R y Bolado G (coord.). *La ciencia española, estudios*. Santander, RSMP-UNICAN. pp. 263 SS.

la cultura española. El propio Menéndez Pelayo lamentará más tarde los excesos polemistas e ideológicos de los *Heterodoxos* y en general de su juventud, aunque la revisión de algunas de sus afirmaciones debió haber sido, incluso, mayor. Refiriéndose al famoso *Brindis del Retiro* de 1881 en donde, a los postres de un ágape de intelectuales y a propósito de la obra de Calderón, Menéndez Pelayo ensalzó públicamente la Inquisición, dirá que *aquello se debió a un mal champán*. Por otro lado en sus descalificaciones a insignes krausistas no sólo había diferencias filosóficas o religiosas sino, en palabras de Bonilla San Martín, *una antipatía natural, invencible y permanente*⁶.

La madurez intelectual de Menéndez Pelayo aparece cuando advierte que, para reivindicar los valores del Catolicismo y la cultura española, necesita pactar o justificarse de algún modo *ante* la Modernidad: Lo propio (la *Luz de Trento*, latina, mediterránea y católica) no puede ser salvado enrocándose en un tradicionalismo rancio excluyente de lo otro (las *brumas germánicas* del Protestantismo), por muy heterodoxo que éste sea, del mismo modo que la cultura, el humanismo o la consumación del arte tampoco son compatibles con una percepción de inferioridad, acomplejada o culposa, de lo propio. Menéndez Pelayo tratará entonces de conciliar su acendrado hispanismo y religiosidad católica con diversos discursos filosóficos, algunos de ellos procedentes de la Modernidad: el Realismo ontológico aristotélico, el Idealismo, tanto el platónico como el crítico y romántico (Kant, Hegel, Schiller, Heine...), el reformismo erasmista de Luis Vives (Vivismo), la Filosofía catalana del *seny* muy influida, como es sabido, por la Filosofía escocesa del sentido común... Del sincretismo ideológico que se abre paso en el Pensamiento de Menéndez Pelayo excluirá expresamente a la Escolástica, al Positivismo materialista y al Naturalismo. Mostrará también sus discrepancias con los autores que frecuenta, pero no por ello dejará de admirar a algunos de ellos profundamente, así dirá ponderando el idealismo de Hegel que éste *enseña hasta cuando yerra*⁷.

Corresponden al periodo de madurez de Menéndez Pelayo obras tales como *Historia de las ideas estéticas en España* (1883–1889), *Estudios de crítica literaria* (Madrid, 1884), *Obras de Lope de Vega* (1890–1902),

⁶ BONILLA SAN MARTÍN, A. (1914) *Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912)*, Madrid, p. 20

⁷ *Historia de las Ideas estéticas II*. (1993) Madrid, CSIC, pgs 231, 518 ss.
Historia de las Ideas estéticas I. (1993) Madrid, CSIC, pgs. 5, 73.

Antología de poetas líricos castellanos desde la formación del idioma hasta nuestros días (1890–1908), *Ensayos de crítica filosófica* (Madrid, 1892), *Antología de poetas hispano-americanos* (1893–1895), *Historia de la poesía hispano-americana* (Madrid, 1911), *Bibliografía hispano-latina clásica* (Madrid, 1902), *Orígenes de la novela* (Madrid, 1905–1915)... En estos escritos se incursiona menos en la Historia y más en la Literatura y la Filosofía. En sus análisis de Literatura comparada o Bibliología se revela un crítico literario por lo general muy bien documentado y lúcido e incluso en ocasiones adelantado a su época, por ejemplo en su reivindicación del papel de la mujer en la historia de la Literatura, a propósito de su estudio sobre las monjas escritoras, o en su concepción del realismo estético con ocasión de su crítica elogiosa a *La Regenta* de Clarín, o en el reconocimiento de una Literatura hispanoamericana con identidad propia. Por otro lado sus *Estudios sobre Lope*, la *Antología de poetas líricos* o su magistral investigación sobre *Los orígenes de la novela* convierten a Menéndez Pelayo en uno de los principales forjadores, sino en el principal, del canon literario del Español y del concepto de *Historia de la Literatura Española*.

Sin embargo es en la *Historia de las ideas estéticas en España* donde mejor se pone de manifiesto la nueva relación de Menéndez Pelayo con la Modernidad y se muestra mejor el alcance de su evolución intelectual, algo de lo que él mismo es consciente. Para poder dedicarse esa obra deshace compromisos editoriales, aplaza la traducción de escritos ciceronianos que preparaba para *Biblioteca Clásica*, la de los escritos de Shakespeare para *Arte y Letras*, concluye rápidamente los capítulos sobre España que le ha prometido a Otto Lexner para el libro *Nuestro siglo*, cancela conferencias, elude redactar prólogos que le son solicitados... todo queda preterido ante el propósito intelectual que anima en el nuevo proyecto. El biógrafo Sánchez Reyes, de un modo acertado y casi nietzscheano, lo explica como un tránsito que se produce de la voluntad de ciencia a la voluntad de sabiduría: *... aún no había alcanzado su plena madurez, era un erudito asombroso, un hombre de ciencia: desde ahora comenzará a ser un sabio*⁸.

Lo anterior no impide que la *Historia de las ideas estéticas* sea una obra compleja y hasta desconcertante, no sólo porque nos muestra un Menéndez Pelayo alejado del tópico integrista, sino también porque los

⁸ SÁNCHEZ REYES, E. (1974). *Biografía de Menéndez Pelayo*. Madrid- Santander. CSIC. Pg.231

componentes ideológicos que hay en ella son muy heterogéneos y alimentan un proyecto intelectual que no llega a concluirse... aunque precisamente ese carácter inconcluso y esa heterogeneidad hacen que la *Historia de las ideas estéticas*, siga siendo hoy una obra útil y llena de sugerencias. Menéndez Pelayo se entregará a la redacción de la obra asumiendo un examen de la cultura europea y española lleno de riesgos para él: No sólo por las diferencias con sus críticos ideológicos liberales y progresistas, sino más aún por las críticas de los sectores más inmovilistas de la Unión Católica que hasta entonces le consideraban uno de los suyos (Alejandro Pidal, el dominico Joaquín Fonseca). Y es que el antikrausismo no desaparecerá en la nueva obra, pero ya no será lo fundamental. Sí lo será, en cambio, el descubrimiento de Herder y Heine y Baumgarten y Schiller y los Schelegel... y sobretodo de la gran filosofía idealista alemana: Kant, Hegel, Fichte, Schelling

Del título de *Historia de las ideas estéticas en España* se suprimirá finalmente la referencia española y no porque su autor renuncie e a sus más íntimas emociones en este particular, sino porque el interés de la obra ha acabado por centrarse en una suerte de *ars gratia artis*, en los criterios estrictamente estéticos que exige el cultivo del el arte, sean propios de la tradición española o no, sean concordantes con la ortodoxia católica o no... pues nunca dejarían de serlo.

Algunos gestores de la herencia intelectual de Menéndez se han mostrado reticentes a admitir todo el alcance que tuvo la evolución intelectual de éste. Así el citado biógrafo Sánchez Reyes, en su vano empeño por conformar un imposible *Menedezpelayismo* en los años cuarenta del pasado siglo, escribe que la vida y la obra de Menéndez Pelayo *experimenta una transformación, no un cambio, como han querido hacer ver algunos, mostrándonos un D. Marcelino transigente con lo que nunca supo ni quiso transigir; liberalizado cuando precisamente abomina más de todo liberalismo; menos español, cuando está sintiendo más hondamente los males de la patria: menos religioso cuando la piedad va labrando y puliendo su alma siempre grande...* aunque obligado por los propios textos, Sánchez Reyes acabe reconociendo que *esta transformación que ahora se da en Menéndez Pelayo presenta un doble aspecto: el científico-estético y el religioso-moral*⁹ ... ¡nada más y nada menos!

La obra de Menéndez Pelayo ha merecido grandes elogios dentro y fuera de España (Menéndez Pidal, Sáiz Rodríguez, Laín Entralgo, Pedro

⁹ SANCHEZ REYES. E. (1974. pg. 232.

Cerezo. Rubén Darío, Enrique Rodó, Benedetto Croce, Milan Kundera, Vargas Llosa...) pero también grandes descalificaciones (Revilla, Azcárate, la Generación del 98, Ortega, Dámaso Alonso...) pero lo cierto es que se contó con él o con quienes se formaron con él (Menéndez Pidal, Bonilla San Martín, Marcial Solana...) para poner en marcha empresas culturales y científicas modernizadoras de España como la Junta para la ampliación de estudios o el Centro de Estudios Histórico o una nueva Biblioteca Nacional. Muchos de quienes en algún momento minusvaloraron a Menéndez Pelayo rectificaron posteriormente. Valga como ejemplo el caso de Azorín, quien en 1913 y en *Clásicos y modernos* había escrito del santanderino *que su lenguaje es más oratorio, prolijo y redundante que analítico y de menudas pinceladas, sobrio y preciso; que le ha faltado amor a las manifestaciones nuevas de la estética; que en suma, su crítica ha sido erudita, enumerativa, y no interpretativa y psicológica*. Once años después sin embargo en el diario *La Prensa* de Buenos Aires, el escritor de Monóvar decía que *Menéndez y Pelayo no es un autor muerto; su prosa y sus obras están vivas, y su estilo admirable es como un venero donde hay que ir constantemente en busca de riqueza...* Quizás se alegue que tal rectificación proviene de un escritor que evolucionó desde posiciones filoanarquistas en su juventud a un pensamiento decididamente conservador en su madurez y que por tanto sus elogios de Menéndez Pelayo expresan más que nada su propia evolución. No podrá argüirse esto si el elogio proviene del socialista y conspicuo intelectual de izquierdas Luis Araquistain, embajador de la II República, quien lo hizo en 1932 en la Universidad Libre de Berlín con estos términos: *Menéndez y Pelayo era fundamentalmente un incomparable historiador de ideas, que las estudiaba y comprendía todas con penetrante y ciclópeo esfuerzo y cuya valoración histórica acertaba a fijar como nadie, pues nunca se proponía, como él mismo dice "inculcar doctrina alguna, sino presentar y exponer lealmente la genealogía de todas ellas"*.¹⁰

RAMÓN EMILIO MANDADO GUTIÉRREZ

¹⁰ ARAQUISTAIN, L. (1932) *Marcelino Menéndez Pelayo y la cultura alemana*, en VVAA (2003) *Sobre Menéndez Pelayo*, Santander, UIMP, pg. 46-47.

